

demia por esa razón. Entre los discípulos de Platón se distinguió *Aristóteles*, que fundó otra escuela, la de los *peripatéticos* (paseantes) porque el maestro enseñaba paseando. Reunió en sus obras todo el saber de aquella época, y á pesar de ser su genio especulativo, *Aristóteles* es uno de los hombres que han impreso su huella más vigorosamente en la humanidad.

Pero la ciencia, tal como es comprendida actualmente, nació en *Alejandro*. Esta ciudad fué construída por orden del conquistador *Alejandro*: contenía mil bellezas; y bajo la excelente administración de los *Lagidas* [1], pronto llegó á convertirse en la capital científica del mundo. El *Musco* era un inmenso edificio de mármol, que llegó á ser una verdadera Universidad, con su biblioteca con más de 400,000 manuscritos, jardín botánico, observatorio astronómico, sala de disecciones anatómicas y laboratorio de Química. Allí vivían, protegidos por el rey, [como bibliotecarios y profesores], matemáticos, geógrafos, astrónomos y médicos, que cultivaron las ciencias y las hicieron progresar. Basta recordar los nombres de *Aristarco*, *Eratóstenes*, *Estrabón* y *Herófilo*.

En el reino de *Pérgamo*, procedente también del desmembramiento del Imperio de Alejandro, hubo una escuela semejante á la de *Alejandro*; y allí fué donde se empezaron á preparar las pieles (de *Pérgamo*-pergaminos), en que se conservaron todas las obras de la antigüedad. El *papiro*, que se usaba en *Egipto*, era demasiado deleznable para que hubiese podido durar.

(1) El fundador de esta dinastía fué Tolomeo Lago (Soter); le sucedieron Filadelfo y Evergetes, que aumentaron y mejoraron la ciudad, y la convirtieron en emporio comercial y centro científico del mundo. Luego declinó la dinastía, hasta que cayó el reino en poder de los romanos (31 a. de J.C.)

SECCION TERCERA. ROMA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE ROMA.

I.—Leyendas.—Tiempos fabulosos.

SEGUN la tradición, el troyano *Eneas* escapado de *Ilíon*, buscó refugio en la tierra prometida por los dioses á su posteridad. Esta tierra era el *Latio* (Lacio), á orillas del *Tíber*, y que ocupaban los *latinos*. Después de mil vicisitudes, el héroe troyano fundó la ciudad de *Albalonga*. *Numitor*, décimo tercero sucesor de *Ascanio*, fué derrocado por su hermano *Amulio*: la hija del rey legítimo (*Numitor*), había tenido dos hijos: *Rómulo* y *Remo*, á quienes *Amulio*, para alejar el peligro de la sucesión legítima, condenó á muerte, para lo cual dispuso que los dejaran abandonados á orillas del *Tíber*. La orden fué cumplida exactamente; pero un pastor, (*Fáustulo*), vió á los dos niños alimentados por una loba. Admirado de tal prodigio, los recogió y los crió en su cabaña. Cuando crecieron, sabedores de su nobleza y origen real, *Rómulo* y *Remo* derrocaron al tirano *Amulio* y restablecieron en el trono de *Alba* á su abuelo *Numitor*.

Los dos hermanos quisieron en seguida reinar solos, y abrieron en una colina, cerca del *Tíber*, un surco de forma cuadrada, conforme al rito de los *etruscos*, y *Rómulo* pronuncia terribles juramentos contra el que se atreva á saltarlo; pero *Remo* quiere burlarse de estos

juramentos, y salta el foso. *Rómulo* mata á su hermano, exclamando: «Perezca de este modo todo el que se atreva á saltar los muros de *Roma*»

Al principio, la ciudad ocupaba la sola colina del *Palatino*, rodeada de otras seis que forman una especie de anfiteatro ó semicírculo. *Rómulo* abrió un asilo, (continúa la leyenda), á que acudieron miles de aventureros sin familia, pertenecientes á las tribus vecinas. Para remediar la falta de mujeres, ocúrrese á los romanos organizar una fiesta, á que invitan al pueblo ó tribus de los *sabinos*. Asisten éstos con sus mujeres é hijas, y á una señal convenida se precipitan sobre las sabinas y se apoderan de ellas. Estalla la guerra; *Tarpeya*, hija del romano que defiende el monte capitolino ofrece á los enemigos entregar la ciudadela á precio de que le entreguen los brazaletes que llevan en el brazo izquierdo. Así lo hacen, pero... ¡ay!, que con los brazaletes llevan los escudos, y con éstos la hieren y la arrojan de lo alto de la roca, que llevó desde entonces el nombre de *Tarpeya*. En esta roca sacrificaban á los traidores.

Las sabinas acabaron por obligar á los combatientes á firmar la paz entre los dos pueblos enemigos.... Pero *Rómulo* qué se hizo?... La leyenda no podía olvidar á un personaje tan importante. Un día, en una revista militar, estalló una tempestad que lo arrebató al cielo. Desde entonces fué adorado como un dios. (1). Le siguió *Numa*, (un sabino), que organizó la religión y el culto, inspirándose con la ninfa *Egera*; necesitaban un símbolo para su organización religiosa y crearon á *Numa*. Pero *Roma* fué guerrera desde sus comienzos; *Tulo Hostilio*, guerrero hasta por el nombre, encarnó esta misión importante durante toda su vida. Atacó la ciudad de *Albalonga* y la conquistó; la hija devoró á la madre: de allí había nacido *Roma*. (2) Mas, esta ciudad fué industriosa y comercial; de aquí la necesidad de crear á *Anco Marcio*, que mandó echar un puente sobre el *Tíber*, favoreció la navegación en éste y las comunicaciones con el puerto de *Ostia*. Por último, co-

(1) Otra leyenda relata que los principales jefes de aquella ciudad, compuesta de aventureros y bandidos, lo asesinaron, cansados de soportar su tiranía.

(2) La lucha se decidió por un combate entre tres guerreros romanos y tres albanos; Horacios y Curiacios. La habilidad y sangre fría del último Horacio, cuando ya sus dos compañeros yacían en el polvo, salvó á *Roma*.

mo *Roma* fué desde su origen una ciudad cosmopolita y plebeya, admitió reyes extranjeros, como los *Tarquinos*, y el hijo de una esclava, como *Servio Tulio*. El primero de los *Tarquinos* (el Mayor), embelleció la ciudad y construyó el templo del *Capitolio*; *Servio Tulio*, (sucesor), dividió al pueblo en diferentes clases, según las fortunas; y *Tarquino*, apellidado el *Soberbio*, asesinó á *Servio* en connivencia con su mujer, la infame *Tullia*, que lo indujo á matarlo. Dícese que los parricidas, (hija y yerno) pasaron en su camino para el *Capitolio* sobre el cadáver ensangrentado de *Servio*; la calle se le llamó desde entónces *Via Scelerata*.

Pronto pagaron con su hijo *Sexto* el nefando crimen. *Lucrecia*, virtuosa mujer de *Tarquino Colatino*, víctima de la violencia de *Sexto*, no queriendo sobrevivir á la deshonor, se da de puñaladas; *Colatino* y sus amigos, entre los cuales se contaba *Bruto*, levantan al pueblo contra *Tarquino* y queda abolida la monarquía. [510].

¿Qué hay de cierto sobre todo esto? Muy poco, ó nada. La crítica no ha podido ratificar esta serie de hechos envueltos en las sombras de la tradición y en las quimeras de la fábula. Algunos han creído que cada uno de estos reyes representa una época de la primitiva historia de *Roma*; otros, que cada personaje es un símbolo del desarrollo de aquella ciudad prodigiosa. Los romanos creían que su ciudad había sido fundada el año de 754 antes de Jesucristo. En verdad que no tenían medio de calcular una fecha tan remota; en ese tiempo no tenían cronología y no sabían escribir: cosas que adquirieron muchos siglos más tarde.

II.—Primeros tiempos de la República.

La monarquía duró, según la tradición, 244 años (754 á 510 a. de J.C.) Pero no se crea que comienza entonces la verdadera historia de *Roma*. Las luchas entre *patricios* y *plebeyos* y las primeras conquistas en *Italia*, están sembradas de tantos prodigios, que á menudo se duda de si tales hechos deben contarse entre los fabulosos ó los históricos. Los sucesos que siguieron á la caída de la monarquía sólo son conocidos por relatos posteriores, que parecen inven-

tados expresamente para exaltar la nobleza y valor de los *Camilos*, *Mucios*, *Manlios*, *Curios*, etc., de alguna de aquellas orgallosas familias, que se dividieron después el dominio del mundo. Estos tiempos son, pues, los que pudieran llamarse «Tiempos heroicos» de *Roma*. Sin embargo, como los hechos son ciertos en el fondo, esto basta para que sean conocidas con interés las hazañas verdaderas ó falsas de los personajes en el primer período de la República.

Las primeras guerras de la República fueron contra el destronado *Tarquino*, y sus parientes y amigos, que conspiraban para restablecerle en el Poder. El monarca había huído; pero sus partidarios, entre los cuales se contaban los hijos de *Bruto*, trataban de aprovechar la primera oportunidad que se presentara. El rudo republicano, dueño ya de *Roma*, desterró á los conspiradores, y condenó á muerte á sus hijos. *Tarquino* ocurrió á los pueblos vecinos, principalmente á *Clusio*, en la *Etruria* [actual Toscana]. El rey *Porsena* se presentó acompañado del pretendiente ante los muros de *Roma*; pero su tentativa sólo sirvió para que *Horacio Coclés* mostrara su indomable valor, defendiendo el puente del *Tiber*, y para que *Mucio Scévola* asombrara al rey etrusco, dejándose quemar la mano derecha, mientras que dice al rey estas palabras: «mira el caso que se hace del cuerpo, cuando solo la gloria se tiene á la vista.» *Porsena* huyó, dejando á los romanos en libertad para constituirse como mejor les pareciese.

Después que con la batalla del lago *Regilo* en que los romanos triunfaron de *Porsena* y de *Tarquino*, aparecen grandes héroes en sus combates contra los *ecuos* y los *volscuos*. En una de esas guerras, *Mucio*, (joven patricio), se distinguió tanto en el sitio de *Corioles*, que por esta razón fué llamado *Coriolano*. Poco después se hizo tan odioso al pueblo, que éste lo condenó al destierro, á pesar de la admiración que le causaban las hazañas de aquel joven temerario. *Coriolano*, deseando vengarse, se acogió entre los *volscuos*, los eternos enemigos de *Roma*, se pone al frente de un ejército, destruye al que se le opone y planta su campamento en los muros de la ciudad latina. Nada puede quebrantarle ni hacer que se desvíe de sus fieros propósitos: ni las súplicas de Magistrados, ni las de sacerdotes; pero he aquí que acuden en defensa de *Roma*, *Veturia* (madre del héroe) y *Volumnia* [su esposa]. Todo el dra-

ma se desarrolla en una conmovedora entrevista, en que *Veturia* le dice al héroe: «Antes de recibir tus abrazos quiero saber si vengo al lado de un enemigo de *Roma*, y si en tu campamento soy tu cautiva ó tu madre.»—«Madre mía,» replica el joven—«Tuya es la victoria; salvas á tu patria, pero pierdes á tu hijo.» Dicese que en los últimos días de su vida, repetía constantemente: «¡qué duro es el destierro para un anciano!» (1).

El tipo del patriotismo de la «edad heroica de *Roma*» está encarnado en *Cincinato*. Ofendido por el pueblo en su afeción filial á causa del destierro impuesto á *Cesón*, se retira, después de haber sido *Cónsul* varias veces, á cultivar un pequeño terreno que poseía en la *Sabinia*. Entre tanto, los *ecuos* envuelven á un ejército romano y ponen en grave aprieto á *Roma*. El *Senado* envía una comisión á *Cincinato*, suplicándole acepte la dictadura para que conjure el peligro y salve á la patria. El noble ciudadano recibe con agrado á los emisarios; se dirige á *Roma*, improvisa un ejército, derrota á los *ecuos*, y á los 15 días depone el mando supremo, para ir de nuevo á cultivar, con sus propias manos, su pequeño terreno.

Camilo, vencedor de *Veyes* (en la *Etruria*) y de los galos; los *Manlios* (Manlio Capitolino, Torcuato y otros); *Decio*, el que se sacrifica en aras de *Roma*; *Curio Dentato*, el incorruptible vencedor de los *Samnitas*, y el ilustre *Fabricio*, son héroes de los primitivos tiempos de la República; pero pertenecen ya á la historia. A partir de 405 antes de Jesucristo se aclaran los sucesos políticos de *Roma*.

III.—Los pueblos de Italia.

MIENTRAS que *Roma* se formaba y constituía en el *Lacio*, en las márgenes del *Tiber*, varios pueblos de diferentes nombres (*volscuos*, *ecuos*, *hérnicos*, *marsos*, *sabinos* y *samnitas*), ocupaban las abruptas pendientes del *Apenino*. No formaban una sola nación, pero todos hablaban la misma lengua, adoraban los mismos dioses, y tenían análogas costumbres. Todos

(1) Otra leyenda dice que los *volscuos* lo mataron, viendo su resistencia para destruir á *Roma*.

eran, como los latinos, de raza arya, y vivían formando tribus de cazadores y guerreros, como los griegos, persas é indostánicos, en sus tiempos primitivos. El idioma y las costumbres, no dejan duda alguna acerca de su común origen.

Los más antiguos de estos pueblos fueron los *sabinos*. Así, cuando menos, aparece de la tradición relativa á la «primavera consagrada.» Según esta tradición, los *sabinos* resolvieron sacrificar á sus dioses, para aplacarlos, todos los niños que nacieran durante una primavera; pero llegados á la mayor edad, abandonaron su tribu; y se dirigieron á diversos puntos de *Italia*, tomando como guía, cada banda que formaron, uno de los animales que llamaban sagrados, *picoverde*, *lobo*, *toro*, etc. De aquí el nombre de muchas ciudades ó pueblos, tales como *picentinos*, *hirpinos* y *Boviano*, capital de la confederación de los *samnitos*. Qué origen tenían los latinos? Eran anteriores á los *sabinos*? No se sabe. Lo único que puede asegurarse es que para el siglo VIII, época probable de la fundación de *Roma*, los habitantes del *Lacio* aparecen más adelantados que sus vecinos, pues sabían cultivar la tierra y construir fortalezas.

Pero una de las tribus más poderosas que salieron de la *Sabina* fué la de los *samnitos*. Vivían en los *Abruzzos*, y de allí descendían á la *Campania* y *Nápoles* para asolar las ciudades griegas y etruscas. Lucharon dos siglos contra los romanos, y al fin fueron vencidos, por que carecían de la organización vigorosa de la ciudad latina; pero más de una vez estuvieron á punto de acabar con el poder y la fortuna de *Roma*.

Al sur de la península estaban las numerosas colonias griegas, entre las cuales descollaban por su riqueza: *Sibarís*, *Crotóna* y *Tarento*; mientras que al norte, más allá del *Lacio* y del *Tíber*, habitaban los etruscos, pueblo singular, cuyo origen es enteramente desconocido: formaba una confederación de doce ciudades, con su capital fortificada, su rey y su gobierno: el alfabeto que usaban era muy semejante al griego, y sus vasos y objetos de adorno, que han sido descubiertos por millares en las tumbas recientemente abiertas en el suelo de *Toscana*, muestran, que si no tenían origen común con los helenos, cuando menos mantuvieron con ellos relaciones comerciales. Tal vez alguna banda

salida de su seno contribuyó á formar á *Roma*, según parece demostrarlo la comunidad de algunos ritos religiosos de ambos pueblos, así como la tradición relativa á los *Tarquínos*.

Por último, del *Po* á los *Alpes* vivían algunas de aquellas bandas casi salvajes de *galos*, que formaban como las avanzadas de pueblos numerosos y bravos, situados más allá de las montañas cubiertas de nieve, en regiones desconocidas para los italianos de aquella época.

Con estos pueblos tuvo que luchar *Roma* desde sus comienzos. La mayor parte era del mismo origen, del mismo carácter duro, firme y pendenciero, más aún que los latinos; así es que tardó cinco siglos en someter la *Italia*. La conquista comenzada en la época fabulosa de sus reyes, terminó en 266. La mayor parte de los sucesos pertenecientes á esta conquista son fabulosos, cuando menos en sus episodios [1]; pero es indudable que en esa conquista, los romanos adquirieron las virtudes que «tan fatales fueron al mundo.»

CAPITULO II.

Religión Romana.

I.—Los Dioses.

LOS romanos primitivos llamaban á sus dioses *manifestaciones*, esto es, la expresión multiforme de una fuerza divina desconocida. No imaginaban que las divinidades pudieran ser hombres, como suponían los griegos: la religión romana estaba, pues, muy lejos de ser un *antropomorfismo*, como la religión helénica; no confundían á los héroes con los dioses; no relataban sus hazañas, no conocían


(1) Como se ha dicho, la historia romana adquiere cierto carácter de certeza á partir de la toma de Veyes (405). Desde entonces son más auténticos los datos y menos maravillosos los episodios.

la genealogía ni el parentesco entre sus divinidades: no tenían, pues, *mitología*. Ni siquiera pensaron los primitivos romanos en venerar ídolos. Más tarde, con el trato y comercio con *Grecia*, Roma adoptó el *antropomorfismo*, la *teogonía* y la *mitología helénicas*, quedando el politeísmo greco-romano en la forma que lo ha conocido la posteridad.

Esta confusión fué tanto más fácil, cuanto que los dioses romanos tenían ciertas funciones; pero carecían de forma, caracteres é historia. Así, *Júpiter*, dios del cielo, se transformó en *Zeus*; *Mercurio* en *Hermés*; *Vulcano* en *Hefáistos*; *Marte* en *Arés*; *Neptuno* en *Poseidón*, *Juno* en *Hera*, *Minerva* en *Atenea*, etc. habiendo llegado á ser la confusión tan completa, que hoy mismo se da á los principales dioses del gentilismo los nombres latinos, y no los griegos que les corresponden con mayor propiedad.

Por bajo de los dioses superiores imaginaban muchos otros inferiores, tantos cuantos eran los seres y fuerzas naturales que observaban y que más fijaban su atención: el aire, las montañas, las fuentes, los ríos, los bosques, y hasta las concepciones abstractas y las ideas morales, como la fortuna, la gloria, el deber, la propiedad, la salud y la vida. Cada persona tenía su ángel ó divinidad tutelar, y hasta para cada acto de la vida imaginaron los romanos una deidad, á que tributaban un culto minucioso y rígido. A esto se debe, sin duda, el que los romanos se creyeran «los más religiosos de los hombres.» Así lo dicen por boca de *Cicerón*, el más grande y fidedigno de sus escritores.


II.—El Culto.

 EL culto entre los romanos consistía en decir y hacer cosas que ellos creían propicias para su vida, y agradables á los dioses. Con esto pensaban tenerlos contentos, y obtener que las divinidades les concediesen lo que querían, puesto que concebían la religión como un cambio de atenciones y de servicios. Su naturaleza positivista se revelaba hasta en la religión: los romanos decían que «la persona á quien los dioses eran favorables ganaba dinero»

Las ceremonias religiosas que ofrecen á los dioses, presentan entre los romanos un carácter minucioso y formalista que no presenta en los demás pueblos, con excepción tal vez de los judíos. Creen que el culto consiste en la fórmula y no en el espíritu de la ceremonia. Lo principal es, así, cumplir con los ritos, y hasta suponen que estos mismos ritos y fórmulas encierran una especie de virtud mágica que puede cambiar favorablemente el ánimo airado de los dioses. Débese invocar á *Ceres*, para tener abundante cosecha, á *Mercurio*, para ganar en el comercio y á *Neptuno* para hacer un feliz viaje por mar; débese suplicar vestido de limpio, provisto de una ofrenda, y llamar siempre de pie al dios, y con la cara oculta con un velo. Si hay error en una palabra, si se descuida lo más insignificante del ritual, debe comenzarse de nuevo la oración ó ceremonia, puesto que los dioses no la agradecerán.

Como todos los pueblos antiguos, los romanos eran muy supersticiosos; su principal superstición fué, como entre los griegos, la creencia en los presagios ó avisos de los dioses. Cualquier fenómeno de la naturaleza era interpretado como un aviso del dios, y aun se les interrogaba directamente para seguir determinada conducta en cualquier trance de la vida. El general antes de dar la batalla, examina las entrañas de ciertos animales; el magistrado antes de abrir la sesión de la asamblea, estudia el vuelo de las aves que cruzan el cielo. Tenían *augures*, ó sacerdotes encargados de predecir los sucesos, interpretando los fenómenos naturales; otros sacerdotes cuidaban de los libros *sibílinos* en que estaban contenidas las antiguas profecías, y los había, en fin, que mantenían los *gansos sagrados*, á que, según los romanos, se debía la conservación de *Roma*.

III.—Culto del hogar.

 SIN embargo, la conservación de *Roma* se debía, según creencia arraigadísima entre sus habitantes, á la conservación del *fuego* (*Vesta*); los romanos no olvidaron este culto de los antiguos Ar-

yas (indostánicos y persas) (1). Estaban encargadas de mantenerlo siempre vivo cuatro vírgenes, hijas de las familias más antiguas é ilustres de la ciudad, pues que la extinción de la sagrada llama era señal cierta de la destrucción del pueblo romano. Si una de estas vírgenes (las vestales) falta á su voto, la entierran viva, porque ha puesto en peligro la salud y la vida del pueblo romano.

Este culto se enlazaba con el que los romanos tributaban á el alma de los muertos, y con el culto del *hogar* (Vesta, pues hogar y fuego eran lo mismo). El ritual minucioso de este pueblo exigía que al morir una persona, se le incinerara cuidadosamente en una pira preparada al efecto, depositando luego las cenizas en una urna que debía conservarse como el objeto más venerado de la familia: solo de esta manera el alma del difunto se convertía en dios (dioses manes). Si no se hacía esto, el alma no entraba á la región desconocida, y volvía apareciéndose á los vivos, hasta que se le tributaban las ceremonias del ritual [2]. Solo de este modo, las almas de los antepasados se convertían en dioses (dioses manes), en divinidades tutelares de sus descendientes, á quienes cuidaban y protegían durante la vida. Estas á su vez, debían honrar á sus antepasados como á sus dioses más íntimos (dioses domésticos ó penates), cuya residencia transformaba la casa en un templo (dioses de la casa) [3].

De este culto se derivaba en gran parte la vida privada é íntima de los romanos y la vigorosa organización de la familia, en que puede verse el secreto de fuerza y de poder en aquel pueblo singular. Como la casa era un templo, con sus dioses y su culto, para formar parte de esta comunidad religiosa y adorar á unos mismos antepasados, precisaba unirse á ella mediante un lazo sagrado, el del matrimonio. La mujer pasa del dominio del padre al del marido, (pues que nunca es libre);

(1) Solo los griegos parece que lo olvidaron enteramente; fenómeno tanto más difícil de explicar, cuanto que éstos eran, como pueblo ó nación, más antiguos que los romanos. Es notable también que los aztecas ó mejicanos tenían al fuego la misma veneración que los romanos.

(2) Esta superstición existe aún hasta entre la gente ignorante.

(3) De aquí las frases: «vuelvo á mis lares» (vuelvo á mi casa); «abandono mis penates», ó sea los objetos de mi consagración y mi cariño, y otras muchas.

pero como *matrona* ó «madre de familia» iguala en dignidad al *patrono* ó «padre de familia.» El, como sacerdote del culto de los antepasados, es el propietario del dominio ó bienes, y soberano absoluto de la familia; élla, como sacerdotisa del *hogar*, vigila y dirige los trabajos domésticos, hila y teje la lana, cuida de sus hijos y ordena lo necesario. No era instruida, porque á los romanos de los primeros tiempos no les preocupaba la instrucción; pero no mantenían á la mujer alejada de la vida social, como los orientales y los griegos.

La organización de la familia en *Roma* era, pues, religiosa; pero el Estado nunca fué teocrático. Los sacerdotes jamás formaron clase ó casta por separado, y nunca tuvieron influencia en los asuntos públicos.

CAPITULO III.

Organización política y social de Roma.

I.—Patricios y plebeyos.



FINES del siglo VI, antes de *Jesucristo*, cuando ya habían sometido los pueblos de la Italia central, los romanos estaban divididos en dos clases: *pueblo* y *plebe*, ó sean, *patricios* y *plebeyos*. Los *patricios* eran los únicos que tenían derecho á formar el gobierno de la ciudad, asistir á las ceremonias religiosas y gozar, en consecuencia, de los honores anejos á estas funciones; mientras que los plebeyos carecían de estos privilegios. No les era lícito invocar la ley romana ni enlazarse en matrimonio con una mujer perteneciente á la clase privilegiada. Y, sin embargo, los plebeyos formaban en el ejército al lado de los patricios; algunos tenían suficientes bienes para vivir holgadamente y contribuían lo mismo que aquellos al mejoramiento y esplendor del Estado. No podían, pues, permanecer más tiempo en tan duras condiciones, sin dejar de ser ciudadanos.

Pronto obtuvieron la igualdad *civil* y social con la redacción de la ley de las *doce tablas*, en que estaban con-

tenidos los derechos privados del ciudadano: casarse legalmente, ser «padre de familia» ó dueño absoluto de su mujer y de sus hijos; hacer testamento, vender, comprar y ocurrir á los tribunales para exigir Justicia. Luego, los *plebeyos* se sublevaron varias veces; y viendo los *patricios* que sus privilegios políticos corrían grave peligro, decidieron crear un jefe único de la república, con derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos, (el dictador); pero que solo duraba en su encargo seis meses, pues los mismos *patricios* temían volver á la aborrecida monarquía (496).

El cargo de *Dictador*, que ilustró tanto *Cincinato*, fué más eficaz contra los pequeños pueblos enemigos de *Roma* en esa época (ecuos, volsucos, etc.), que contra los *plebeyos*, que continuaron sus peligrosísimas agitaciones hasta que después de una de aquellas frecuentes guerras (en que de ordinario salían victoriosos), decidieron separarse de *Roma*, marchando en seguida con armas y jefes al monte *Sagrado*. Los *patricios* se vieron obligados á ceder, enviándoles una embajada, con el célebre *Menenio Agripa* al frente de ella, que no tuvo más resultado, según se infiere de los hechos, que el permitirles el nombramiento de los *tribunos* (493), primeros magistrados de origen plebeyo (1).

Es cierto que estos magistrados (los tribunos), eran unos funcionarios *negativos*, esto es, no podían obrar, pero eran capaces de impedir; y así es que, con oponerse constantemente á todas las medidas vejatorias é injustas, dictadas por los *patricios*, favorecieron los intereses de la plebe y lograron el más firme apoyo para ascender la escala de los honores, ó sea de los cargos públicos. Esto no lo consiguieron sin trabajo: el primer *Cónsul plebeyo* fué nombrado en 366; el primer *Pontífice máximo*, en 302.

(1) La leyenda dice que Agripa contó á los plebeyos la fábula de los miembros y del estómago. «Una vez», les dijo, «tramaron los miembros una conspiración contra el estómago, á quien acusaban de perezoso y amante del regalo; la mano se negó á coger los alimentos, la boca á recibirlos, etc.; pero el resultado fué que todo el cuerpo vino á tan profundo decaimiento, que volvieron todos á procurar el regalo y alimentación de viscera tan importante.» La comparación era gráfica; pero es probable que los plebeyos se hayan dejado vencer por la promesa del nombramiento de tribunos, y no por la ingeniosa fábula.

II.—Las clases.—Gobierno de Roma.

EL gobierno de *Roma* pertenece al pueblo, á los ciudadanos, divididos en varias clases ó categorías: los *nobles*, que han ejercido, ellos ó alguno de sus antepasados, una *magistratura*; los *caballeros*, comerciantes y grandes propietarios, que no gobiernan, pero que se enriquecen, y la *plebe*, ó labradores de las tierras comprendidas en la campiña de *Roma*. Todos, cualquiera que sea su categoría disfrutan de los mismos derechos, aunque gocen de distintos privilegios. Por bajo de estas clases viven en la miseria, ó mejor dicho, gimen aniquilados bajo el peso de la esclavitud millares de seres humanos, para los cuales no existe ni la sociedad ni el gobierno, ni siquiera la vida intelectual y moral del hombre.

Como el pueblo ejerce directamente sus derechos, forma los *Comicios* ó asamblea, en que decreta la paz y la guerra, dicta las leyes, y gobierna, en suma; pero como no puede ejercer directamente todos los actos públicos, nombra cada año funcionarios, que llama *magistrados* (los que dominan), en los cuales delega su poder absoluto. Estos funcionarios no son muy numerosos: dos *cónsules*, que gobiernan al pueblo y que mandan los ejércitos; dos *pretores*, que desempeñan, como subordinados, las mismas funciones que los *cónsules*, y que, además, administran justicia; cuatro *ediles*, que cuidan de la vía pública y los abastos, varios *cuestores* para recaudar las rentas del Estado y diez *tribunos de la plebe*, que proponen leyes ó se oponen á ellas, velando siempre por lo que consideraran los intereses del pueblo.

Sobre todos estos funcionarios están los *censores* (dos por lo general), que tienen la misión de formar el censo ó padrón del pueblo romano, determinando nombre, bienes y categoría de cada ciudadano, con el poder de degradar ó aún de proscribir enteramente de las listas del padrón á cualquiera que á juicio de estos *magistrados* se haya mostrado indigno de seguir perteneciendo al pueblo romano: excelente medio de conservar incólumes las antiguas costumbres. Tenían también á su cargo el *lustrum* ó *ceremonia lustral*, que se verificaba ca-

da cinco años: rito aparatoso con que creían purificar la ciudad y atraer á ella el favor de los dioses (1).

Pero ninguno de estos poderes gobernaba realmente. En oposición á los *Comicios*, asamblea popular, se levanta el *Senado*, asamblea aristocrática. Se compone de 300 miembros de las familias más ilustres, elegidos por los *censores*, no al capricho ó al acaso, sino entre las personas que han desempeñado con brillo los puestos más importantes de la república, siempre nobles, y más ó menos distinguidas por su carácter y talento. Cuando se ofrece un asunto importante, el magistrado (generalmente un cónsul) reúne al *Senado*, y le expone la cuestión; éste la discute y luego resuelve según la mayoría. En seguida el mismo *magistrado* reúne los *Comicios* y sujeta la opinión del *Senado* (senado-consulta) á la aprobación del pueblo, que casi nunca la niega. Convencido como está de que aquel alto cuerpo, compuesto por los hombres más eminentes y expertos de la república, le aconsejarán siempre lo que más convenga á los intereses del pueblo y de *Roma* (2). La paz, la guerra, las alianzas, los ingresos y egresos, el ejército, en suma: todo está en manos del *Senado*.

Desde que *Roma* llegó por medio de este régimen á conservar el equilibrio entre las diversas categorías ó clases, marchó rectamente, sin tropiezos ni obstáculos, á la conquista del mundo.

III.— El Ejército.

ROMA conquistó todos los países que forman la cuenca del *Mediterráneo*, desde el Océano hasta el *Tigris*, desde *Inglaterra* hasta los desiertos de la *Arabia*. Imperio tan vasto sólo pudo formarse merced á un concurso de felices circunstancias:

(1) Consistía en reunir al pueblo en el campo de Marte, y pasar luego por enfrente de los ciudadanos formados, en batalla, una oveja, un toro y un cerdo; en seguida sacrificaban estos tres animales y con la sangre hacían varios asperges.

(2) Como una prueba del poder ó dominio del Senado sobre el pueblo, recordaremos lo que pasó cuando esta asamblea opinó por que se le declarara la guerra al rey de Macedonia. El pueblo se opuso en los *Comicios*; entonces, el Senado resolvió que fueran reunidos otra vez, hasta que los obligó á convenir.

la vida y las costumbres de los latinos, su posición ventajosa en el centro de *Italia*, y la de ésta en el centro del *Mediterráneo*; la vigorosa organización política, que, juntamente con otros factores menos importantes, contribuyó á la grandeza y poderío de *Roma*. Entre estos factores conviene no olvidar la organización que dieran al ejército, que tan interesante papel desempeñó en la historia política de *Roma*, y cuyos principales sucesos se refieren á la conquista del mundo.

Todo ciudadano con fortuna suficiente para equiparse á su propia costa, debe ser soldado. El que no era ciudadano ó no tenía con que equiparse, no fué á la guerra, no tenía derecho para esto; porque hay que tomar en consideración que en *Roma* era honroso ser soldado, y el medio seguro para ascender por la *escala de los honores* hasta ocupar el primer puesto de la república. Todavía en el siglo VI, el Estado no daba armas, equipo, ni alimentos, y solo desde el sitio de *Veyes* se acordó dar una pequeña retribución á aquellos heroicos campesinos que sacrificaban sus bienes de fortuna y su vida en beneficio de la patria.—Cuando se ofrece una campaña, el cónsul elige el número de hombres que se necesitan, escogiéndolos de entre los que deben servicio militar al Estado, porque todos los ciudadanos están obligados á este servicio desde los 17 á los 60 años; luego, mediante juramento, se comprometen á obedecer al *magistrado*, quien puede llevarlos hasta donde él quiera, hasta que él mismo no los desligue de sus juramentos.

La disciplina era durísima: el Cónsul tenía derecho de vida y muerte sobre sus subordinados, y *Roma* los rechazaba de su seno cuando eran vencidos, como indignos de ser ciudadanos (1).

Quando el ejército está frente al enemigo, cada legión, compuesta de 4,200 á 5,000 hombres se divide en compañías de 120, llamadas manípulos, que forman en tres filas, quedando entre cada guerrero espacio suficiente para maniobrar por separado. Al comenzar la batalla, los únicos que entran en combate son los guerreros de la primera fila, quienes disparan sus dardos y desen-

(1) Después de la batalla de Canes quedaron 3,000 hombres en el campo que escaparon al desastre, y 8,000 prisioneros. A los primeros el Senado los envió á Sicilia; los segundos fueron despreciados cuando Aníbal propuso su rescate á pequeño precio.